

JJ BENÍTEZ
CABALLO
DE TROYA

5
CESAREA

Cesarea. Caballo de Troya 5: no apto para cardíacos. Así lo define el autor.

De la mano del mayor norteamericano, el lector soñará, cabalgará por la Palestina del año 30, sufrirá, se emocionará...

Descubrirá, por ejemplo, entre más de dos mil datos, la verdadera personalidad de algunos de los personajes que rodearon a Jesús de Nazaret. ¿Imaginó que Poncio Pilato fue en realidad un demente?

Cesarea. Caballo de Troya 5, un relato vibrante, meticuloso y concienzudo, le abrirá las puertas de un mundo silenciado por los evangelistas.

Sea creyente o no, de algo puede estar seguro: este libro le marcará para siempre.

Y un consejo: no se alarme cuando alcance el final.

J. J. Benítez es así...

*A Fernando Lara Bosch,
que me alentó desde los cielos.
¿Me revelarás el significado
del misterioso «5»?*

SEIS AÑOS DE SILENCIO

Nunca, en los treinta y dos libros anteriores, había experimentado tanto miedo. Pero ¿a qué? No lo sé muy bien. Miento. Claro que lo intuyo. Es terror a franquear una puerta que cerré un 18 de setiembre de 1989. En aquella fecha —«siendo las veintiuna horas»— daba por concluido Caballo de Troya 4. Y hoy, siendo las once horas del miércoles, 1 de noviembre de 1995, esa puerta ha sido empujada de nuevo. Y el miedo, como digo, me tiene acobardado. Un miedo justificado, supongo. Miedo porque, en estos largos seis años, los ojos interiores se han abierto providencial y definitivamente. Miedo porque, al fin, he captado el magnífico y esperanzador mensaje del Protagonista de esta obra. Miedo, en suma, a no saber transmitir la genial verdad de Jesús de Nazaret: existe un Dios-Padre que ama, dirige y sostiene. Miedo a enfrentarme a una historia que es mucho más que una historia.

Resulta reconfortante. Ahora, querido Padre, querido «Ab-bā», comprendo y te comprendo. El presente relato no podía ser atacado en tanto en cuanto servidor —el instrumento— no hubiera hecho suya la esencia que perfuma y define la llamada vida pública del Maestro: «que se haga la voluntad del Padre». Una idea —la gran idea— que motorizó su existencia terrenal.

Y ese Dios-Padre, en otro alarde de paciencia y sabiduría, me ha dejado reflexionar y madurar sobre ello, nada menos que durante seis años. Seis años de silencio, de du-

das, de sufrimiento, de comprobaciones en cadena y de una íntima e indefinible alegría al verificar —una y otra vez— que, en efecto, todos estamos sentados en las rodillas de un Padre que «sabe»..., antes de que acertemos a despegar los labios.

*Debo confesarlo. Cada vez que puse manos a la obra, luchando por abrir la puerta del siguiente Caballo de Troya, una fuerza firme y sutil me apartaba sin concesiones. Recuerdo media docena de intentos. Y sólo cuando mi corto conocimiento apareció justa y sólidamente forjado en el yunque de la voluntad del Padre, sólo entonces ha sido posible esta nueva y fascinante aventura. Pero, supongo que desconfiado (y no le falta razón), antes de regalarme su confianza, el Padre Azul decidió someterme a una última prueba. Y en 1994 este aturdido mensajero se desnudaba en público, sacando a la luz uno de sus libros más querido: *Mágica Fe. Una suerte de ensayo general de lo que ahora comienza*. Y estoy convencido: la serie de los Caballos de Troya vive gracias a esa mágica fe.*

He aquí la única explicación a tan dilatado silencio. Era preciso que, antes de desvelar cuanto me ha sido dado, me hallara entrenado y en sintonía. Y aun así —que el Padre me disculpe— siento miedo.

J. J. BENÍTEZ

CABALLO DE TROYA 5

EL DIARIO (QUINTA PARTE)

«—¡Enterrados!...

David, el anciano sirviente, comprendió lo inútil de sus gritos y lamentos. Ismael, el saduceo —implacable y sin entrañas—, había ejecutado parte de su diabólico plan.

—¡Enterrados vivos! —gimió mi acompañante, dejándose caer sobre los peldaños que conducían a la gruta.

Y este torpe explorador, con las palmas de las manos fundidas a la áspera muela que acababa de ser removida por el sacerdote, se quedó en blanco. Por primera vez en aquella intensa odisea por las tierras de Palestina un terror desconocido me paralizó. ¿Qué fue lo que me dobló? Ni siquiera ahora, al ordenar los recuerdos, consigo despejarlo. Quizá fuera el pavor del criado —más consciente que yo de la crítica situación— lo que me contagió. Quizá también —y no fue poco— el dramático hecho de hallarme desarmado y sin la menor posibilidad de recurrir a la vital «vara de Moisés». A buen seguro, los dispositivos de defensa me habrían ahorrado los angustiosos instantes que se avecinaban.

¿Cuánto tiempo transcurrió? Imposible calcularlo. Una y otra vez, la escasa lucidez de quien esto escribe bregó por ponerse en pie. Finalmente la vi apagarse, desapareciendo. Hoy creo intuir lo ocurrido. Y me estremezco.

Habíamos sido entrenados para casi todo, menos para un ataque de ansiedad aguda. Porque de eso se trataba.

Aquella súbita y demoledora emoción —aquel pánico— anuló todo resto de pensamiento racional. Y la operación —¡Dios santo!— se tambaleó en el filo de un precipicio.

Petrificado frente a la roca, ajeno al convulsivo llanto de David, en uno de los escasos destellos de cordura, comprobé con desolación cómo la fuerza muscular no respondía. Y fui presa de una debilidad motora generalizada. El vértigo no se hizo esperar. Traté de aferrarme a la piedra. Pero las manos temblaron, incapaces de obedecer. Y un sudor denso precedió a la inevitable taquicardia. Creí morir. Un punzante dolor precordial fue el último aviso. Y en mitad de la negrura los pulmones fallaron y el organismo entró en un peligroso proceso de alcalosis respiratoria secundaria.

No recuerdo mucho más. Debí derrumbarme, cayendo de espaldas sobre el rugoso pavimento calcáreo. Fue lo mejor que pudo ocurrirme.

—¡Señor!... ¡Oh, Dios!...

Más que ver intuí la encorvada figura del anciano, arrodillado junto a este explorador. Sostenía mi cabeza entre las manos, susurrando e implorando.

—¡David! —acerté a pronunciar con dificultad. Y un leve entumecimiento alrededor de la boca y en los dedos de manos y pies me devolvió a la realidad, recordándome el síndrome de hiperventilación y la pérdida de conciencia.

—¡Señor! —replicó el sirviente con un hilo de voz—. ¡Gracias a Dios!

Ignoro cuánto tiempo permanecí inconsciente. Pero, como digo, el traumatismo —afortunadamente sin mayores consecuencias— vino a rescatarme de aquel peligroso ataque de pánico. Y fue a raíz de este aviso en la Nazaret subterránea cuando, en previsión de situaciones similares, mi hermano y yo adoptamos nuevas y extraordinarias medidas de seguridad. Una de ellas —bautizada por los hombres del general Curtiss como el «tatuaje»— resultó tan útil como espectacular. Pero sigamos por orden.

Traté de incorporarme y reunir las confusas y diezmadas ideas. La alcalosis, sin embargo, continuaba coleando. Y consciente de la urgente necesidad de equilibrar la presión

del dióxido de carbono, reduciendo el pH sanguíneo, busqué un remedio de urgencia.

—¡Maldita oscuridad!

A tientas tomé uno de los extremos de la sábana que me cubría, improvisando con el lino una especie de reducida bolsa. La aproximé al rostro, practicando varias e intensas inspiraciones y espiraciones. El CO₂ hizo el resto.

Minutos más tarde, con el ánimo relativamente reconfortado, la astillada voz del criado vino a recordarme que poco o nada había cambiado.

—¡Señor! Esa víbora no perdona. Estamos condenados a morir...

No contesté. Mi pensamiento, extrañamente tranquilo, había volado hasta la «cuna». Y la imagen de Eliseo me proporcionó una benéfica fuerza.

Extendí los brazos y busqué a David en la negrura. Al topar con él, aferrándome a su túnica, estallé con una seguridad que todavía me admira:

—¡Olvida a ese miserable!... ¡Es hora de actuar! No lo dudes, amigo: ¡vamos a salir de este infierno!

—Pero...

No le permití nuevas lamentaciones. Y dócil, ciertamente animado por el persuasivo timbre de aquel extranjero, fue respondiendo a mis preguntas:

—Señor, no conozco otra salida... La gruta se utiliza como almacén... Aquí se guarda de todo... Provisiones, herramientas, agua... Generalmente sólo baja la servidumbre y de tarde en tarde... A veces pasan semanas...

El panorama no era muy prometedor. Guardé silencio, procurando fijar un orden de prioridades. Y el temple militar rindió sus frutos. Además —me consolé— estaba la familia. Santiago y su gente terminarían por formularse algunas interrogantes respecto a mi repentina desaparición. Tanto la Señora como sus hijos —sin olvidar a Débora, la prostituta de la posada de Heqet, la «rana»— sabían de mi anunciada entrevista con Ismael, el jefe del consejo local de

Nazaret. Pero, frío y realista, dejé a un lado la endeble esperanza. Y fui a centrarme en el primero de los objetivos: la minuciosa exploración de la gruta. Y para ello necesitábamos luz, un mínimo de iluminación.

Ordené a David que me ayudara a rastrear el suelo, a la búsqueda de la malograda lucerna que él mismo portaba al entrar en el subterráneo. Tal y como suponía, sólo conseguimos reunir dos o tres trozos de una cerámica inservible y aceitosa.

Y antes de que acertara a reaccionar, el diligente criado —notablemente repuesto— tomó la iniciativa, recomendando que no me moviera. Y escuché el roce de sus sandalias, alejándose hacia el fondo de la sala. ¿Moverme? ¿Cómo hacerlo en semejante oscuridad? Y el involuntario chiste vino a oxigenar el apaleado ánimo.

A cosa de cuatro o cinco metros percibí un chirrido. Parecía el lamento de un herrumbroso pasador. ¿Una puerta? El corazón brincó. Imposible.

Segundos después, un gemido similar y un golpe seco —como si David hubiera cerrado algo— me despistaron definitivamente. Y aguijoneado por la intriga hice ademán de avanzar hacia el punto del que habían partido los misteriosos sonidos. Pero, consciente de que debía atar en corto la curiosidad, evitando así complicaciones añadidas, aguardé ansioso, forzando en vano las espesas tinieblas.

No puedo asegurarlo, pero de haber caminado al encuentro del sirviente, descubriendo lo que se traía entre manos, quizá hubiera abortado la maniobra. ¿O no? Lo cierto es que, poco después, el «hallazgo» me sumiría en una angustia que todavía me acompaña. Aunque, bien mirado, ¿quién soy yo para modificar el Destino? La Fontaine, en su obra *Fables*, dibujó perfectamente mi situación: «Con frecuencia, uno encuentra su destino siguiendo las veredas que tomamos para evitarlo».

Y aquel breve silencio volvió a quebrarse. Esta vez con una sucesión de decididos impactos, aparentemente contra

la pared de la caverna. Por último, confundido con el eco, creí identificar el golpeteo de la madera rebotando en el suelo rocoso.

Las sandalias rachearon, retornando junto a este confuso explorador. Y David, alargando el brazo izquierdo, tras palpar mi pecho y asegurarse de mi presencia, rogó que le entregara la sábana. No pregunté. Obedecí al punto y, guiado por el sonido, me afané en descifrar el misterio.

No fue mucho lo que acerté a resolver. El crujido de las articulaciones del anciano indicó que acababa de agacharse. Rasgó el lienzo en dos ocasiones y ahí murieron las pistas. Después, enganchado en el irritante mutismo, se enderezó, alejándose de nuevo. Lo oí trastear entre los cacharros depositados en la pared de mi derecha. En la memoria conservaba la imagen de aquella primera oquedad, repleta —a uno y otro lado— de alacenas de muy dispares alturas y profundidades, cargadas de ánforas, vasijas de diferentes calibres y un sinfín de enseres que, obviamente, dadas las circunstancias, no recordaba.

Y el entrechocar del cobre y la arcilla cesó de pronto.

—¡Bendito sea el Todopoderoso!

La exclamación del viejo y su inmediato regreso hasta mi posición terminaron de acelerarme.

—¡Por Dios! —clamé—. ¿Qué te propones?

Pero, ignorándome, volvió a agacharse, absorto —suplico— en una operación que, en efecto, como descubriría instantes después, requería toda su atención y destreza.

Y con los nervios a un paso del desastre le imité, colocándome en cuclillas.

Percibí primero su agitada respiración. Después, un leve borboteo. Parecía manipular algún líquido. Y el aroma del aceite de oliva llegó inconfundible. Pero ¿para qué?

Acto seguido golpeó el pavimento con algo contundente. El sonido, sordo, resultó igualmente indescifrable.

Algo debió de fallar porque, a renglón seguido y desairado, se refugió en una maldición.

Contuvo la respiración. Segundo golpe y nueva imprecación.

Y al tercero, claramente metálico, como la más hermosa de las visiones, vi estallar una diminuta llama azul-verdosa.

El susto y la alegría me desequilibraron. Y fui a dar, por segunda vez, contra el duro suelo.

David, sin pérdida de tiempo, tomando la incendiada astilla, procedió a cebar la primera de las improvisadas antorchas. Y el jirón de lino, empapado en aceite, prendió con avidez, llenando la cueva con un penetrante tufillo y, lo que era más importante, de una luz amarilla y salvadora.

No sé qué fue primero: la reconfortante sonrisa del eficaz criado o mi desolación. Al verle con la tea en la mano comprendí. Pero era demasiado tarde.

El buen hombre, deseoso de obtener una pronta y aceptable iluminación, recordó el arcón depositado al fondo de la estancia. El polvoriento y consumido cofre de madera que Ismael me había mostrado a manera de cebo. Y con la mejor de las intenciones, ajeno al singular valor de aquel objeto, tomó la descompuesta arpa, golpeándola sin piedad contra la roca. Ahora entendía los enigmáticos sonidos.

Una vez seccionada, envolvió los brazos en sendas tiras de lino, empapándolas en aceite.

Fue un triste hallazgo. El venerable instrumento, que yo pude acariciar durante breves instantes, aparecía ahora destrozado y consumiéndose. Tuve que contenerme. Todos mis esfuerzos, argucias y penalidades para alcanzar aquel tesoro —una de las escasas posesiones del añorado rabí de Galilea, vendida por Jesús al saduceo hacía diecisiete años— acababan de hacerse humo. El Destino, como digo, volvía a burlarse de quien esto escribe.

David sugirió que me encargara de la segunda antorcha. De momento, por prudencia, no consideró oportuno darle fuego. Y sin mediar palabra, aceptando los hechos, me hice con la otra mitad del arpa. Revisé y reforcé el lino

que la cubría mientras el criado retiraba la jarra con el aceite. Después hizo otro tanto con la taza de arcilla que guardaba la providencial reserva de «cerillas». Nunca imaginé que aquellas modestas astillas y pajuelas de centeno de ocho o diez centímetros, prácticamente cubiertas de azufre fundido, jugarían un papel decisivo en nuestra historia. El invento, de uso común en todo el imperio, era tan simple como eficaz. Yo las había examinado en algunos de los hogares por los que acerté a pasar. Para provocar la ignición bastaba el pedernal y una base o soporte metálicos. La limpieza y rapidez de la operación, proporcionando un cómodo encendido de lámparas, fogones y fogatas, las convirtió en un artículo de gran popularidad y, naturalmente, en un saneado negocio. La mayor parte era exportada desde las regiones italianas de Sicilia, Pozzuolo y Felamona. Al pie de los volcanes apagados, en estos azufrales y solfataras, se trabajaba el azufre puro, calentándolo a 110° centígrados. Una vez fundido se procedía al rociado de las astillas y pajuelas, disponiendo el cargamento para su empaquetado y posterior transporte.

Y como medida precautoria, el criado se reservó un puñado de «cerillas», acomodándolo en la faja.

Y sin más dilación nos embarcamos en el siguiente y no menos delicado objetivo: la exhaustiva exploración de la gruta. En mi ánimo —azotado por toda clase de incertidumbres y negros presagios— pujaba por sobrevivir una única y obsesiva idea: aquella pesadilla no podía prolongarse. Tenía que haber una solución. Tenía que dar con una salida...

Inspiré profundamente. Calma. Sobre todo, calma. Cada paso debía ser meditado.

David me observó, aguardando alguna indicación. Retrocedí hasta los peldaños. Y le advertí que, a partir de ese momento, procurase pegarse a mi persona, iluminando mis movimientos. Asintió nervioso.

Inspeccioné la pesada muela. Negativo. Ni la fuerza de cuatro hombres la hubiera desplazado.

«¡Calma!», fui repitiendo mentalmente.

Y girando sobre los talones presté toda mi atención a aquella primera oquedad. Al igual que el subterráneo existente bajo la casa de Santiago y Esta, se trataba de una sala excavada en la roca calcárea. Se presentaba, tal y como anunciara el sirviente, como un almacén. A primera vista, la cubierta, groseramente cincelada, carecía de conductos o chimeneas de aireación. Aquello era una masa pétreo, cerrada y compacta. Y la angustia conquistó terreno en mi tembloroso corazón.

Paseé arriba y abajo, aparentando una frialdad que, en verdad, escapaba a chorros. El cubil resultó infranqueable. Aquel cajón, de cinco metros de longitud por cuatro de ancho y dos y medio de altura, sólo era una ratonera. La primera ratonera...

La inspección de las alacenas fortaleció en parte las débiles esperanzas. ¡Dios, en situaciones extremas, qué poco precisa el alma para empujar la voluntad!...

La voz de David, enumerando los dispares contenidos de cántaras, ánforas y vasijas, me reconfortó. El corrupto sacerdote —haciendo justicia a la filosofía saducea— disponía de una surtida y lujosa despensa. Allí, meticulosamente precintados, guardaba los más exquisitos y codiciados dátiles de Jericó: los «cariotes», de jugo espeso; los secos e interminables «nicolás», así denominados en memoria de Nicolás de Damasco, el secretario de Herodes el Grande; los «dáctilos», retorcidos y enormes como dedos; los dulcísimos «adélfidos» y los jugosos «patetes». Y, naturalmente, una generosa colección de ánforas, de un metro de alzada, con la genuina rosa de la isla de Rodas grabada en una de las asas y conteniendo lo más granado de los vinos griegos y de palma, tan frecuentemente cantados por Plinio y siempre obligados en las mesas de los ricos.